



Plinio que un particular de Roma, Cayo Scribonio-Curion, para celebrar los funerales de su padre, mandó construir dos inmensos teatros que giraban respectivamente sobre un solo eje. Durante la mañana, se representaban en cada uno piezas de comedia, y por la tarde, retirando algunas tablas, se hacían girar súbitamente los dos teatros, y reuniéndose sus cuatro extremidades, formaban de esta suerte un anfiteatro, donde se daban combates de gladiadores y se conseguía dar movimiento á la vez á toda la escena y todo el pueblo romano. Una ciudad sepultada en un abismo, añade el historiador, llena al universo de luto y de espanto; en aquel lugar se encuentra todo el pueblo romano, encerrado, por decirlo así, en dos bajeles,

que sostenidos únicamente por dos ejes, mira tranquilo el combate que él mismo libra con peligro de perecer al primer esfuerzo que llegue á desordenar algunas piezas de aquella gigantesca máquina (1). Un viajero moderno y muy instruido, ha encontrado en la Barbaria construcciones del mismo género (2). Ahora bien; ¿podrá causar extrañeza que la Palestina haya tenido en tiempo de Samson edificios análogos á los que aún se conservan sobre la costa de Africa, costa que ha sido poblada por colonias salidas de la Palestina en tiempos próximos á Samson?

(1) Plinio, 1, 36, cap. XV.

(2) Shaw., *Voyage du Levant*. Memorias de la Academia de las Inscripciones, t. LXI.

## CAPÍTULO XI

Simultaneidad de los jueces en Israel.—Judicatura del gran sacerdote Héli.—Esterilidad de Anna.—Nacimiento de Samuel.—Cántico de Anna.—Anna, figura de María y de la gentilidad.—Samuel en el templo.—Infamias de los hijos de Héli.—Debilidad de su padre.—Vision de Samuel.—Resignacion de Héli.—Derrota de Israel por los filisteos.—Muerte de los hijos de Héli, de su padre y de la mujer de Fineés.—Toma del arca.—Cualidades y defectos de Héli.—El arca en el templo de Dagon.—Plagas de los filisteos.—Ceguedad de los sacerdotes de Dagon.—Vuelta del arca.—Muerte de los bethsamitas indiscretos.—El arca en la casa de Aminadab.—Derrota de los filisteos.

La Escritura dice que Samson juzgó á Israel por espacio de veinte años; pero observa que esto tuvo lugar en los días de los filisteos (1), es decir, en tiempo en que los filisteos oprimían á los israelitas, opresion que duró cuarenta años, y de la cual Israel no se vió libre sino en tiempo de Samuel. Samson inició esta libertad, según él mismo había predicho; Samuel la terminó de tal suerte, que los filisteos no volvieron más á las tierras de los israelitas, sino que por el contrario les volvieron todas las ciudades de que se habían apoderado (2). De esta suerte, la judicatura de Héli, de la que nos vamos á ocupar, habiendo terminado en aquel período, coincidiría con Samson en el Occidente, y con las de Abdon Abesan, Aialon y quizás también con la de Jefe en el Oriente. Este es el medio más sencillo, según nuestra opinion, y más natural de conciliar la cronología de la Escritura. Cuenta esta cuatrocientos ochenta años, desde la salida de Egipto, hasta la fundacion del templo de Salomon (3). Jefe nos enseña que desde la irrupcion de los ammonitas hacia ya trescientos años que los hijos de Israel estaban en quieta posesion del país de los amorreos (4). Como habían hecho la conquista en el último viaje al desierto, esta irrupcion tuvo pues lugar, trescientos cuarenta años despues

(1) Jueces, caps. XV, XX.

(2) Reg., 7, 13, 14.

(3) 3 Reg., 6, 1.

(4) Jueces, 11, 26.

de la salida de Egipto. Quedan, por tanto, ciento cuarenta años hasta la fundacion del templo. Esta fundacion tuvo lugar en el cuarto año del reinado de Salomon (1).

Antes de él había reinado David cuarenta años (2), y otros tantos Saul antes de David (3). Supongamos que Samuel reinara diez y seis, y entonces tendremos un total de cien años. Restan aún los cuarenta años de esclavitud bajo los filisteos en el Occidente, que se remontan precisamente á la irrupcion de los ammonitas en el Oriente. En este período tendrían lugar las judicaturas paralelas de Jefe y de sus sucesores del otro lado del Jordan, de Samson y de Héli de este lado del mismo rio. Que haya habido á la vez varios jueces, no debe extrañar á nadie. Es opinion generalmente admitida que un solo juez no gobernaba todo el pueblo; por consiguiente, uno gobernaria una parte, y otro la otra, si le consideramos dividido en dos porciones.

Además, la jurisdiccion de esta clase de magistrados era facultativa; á ella acudia el que queria. Por lo que respecta en particular á la judicatura de Samson, parece que estaba reducida á exterminar la dominacion de los filisteos. Héli haría en este tiempo las funciones de juez propiamente dichas.

Por aquellos tiempos hubo un hombre, efra-

(1) 3 Reg., 6, 1.

(2) Ibid., 11, 17.

(3) Act., 13, 21.



teo, de Ramathaim-Sofim, del monte de Efraim, cuyo nombre era Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Thohu, hijo de Suf. Y tuvo dos mujeres; el nombre de la una era Anna, y el de la segunda Fenenna. Fenenna tenía hijos, mas Anna no los tenía. Y subía este hombre de su ciudad, en los días establecidos, á adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos en Silo. Y había allí dos hijos de Héli, Ofni y Fineés, sacerdotes del Señor. Llegó pues el día, y Elcana ofreció un sacrificio, y dió sus porciones á Fenenna su mujer y á todos sus hijos é hijas. Mas á Anna dió un sola porción, triste, porque amaba á Anna. Y el Señor la había hecho estéril. Y su competidora la inquietaba también y angustiaba en gran manera, en tanto grado, que la echaba en rostro que el Señor la había hecho estéril. Y lo mismo hacía cada año, cuando llegando el tiempo subían al templo del Señor; y de este modo la zahería. Mas Anna se ponía á llorar y no tomaba alimento. Elcana, pues, su marido, la dijo: «Anna, ¿por qué lloras, y por qué no comes? ¿por qué causa está afligido tu corazón? ¿Por ventura no soy yo mejor para tí, que diez hijos?» Y levantóse Anna después de haber comido y bebido en Silo. Y como el sacerdote Héli estuviese sentado en su silla delante de las puertas del templo del Señor, Anna, con su corazón lleno de amargura, oró al Señor, derramando copiosas lágrimas, é hizo voto, diciendo: «Señor de los ejércitos, si volviendo los ojos mirares la aflicción de tu esclava, y te acordares de mí, y no olvidares á tu criada, y dieres á tu sierva un hijo varón, le consagraré al Señor por todos los días de su vida, y no subiré navaja sobre su cabeza.» Y acaeció que repitiendo ella muchas veces sus ruegos delante del Señor, Héli estaba observando la boca de ella. Pero Anna hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y la voz absolutamente no se oía. Y así Héli la tuvo por embriagada y la dijo: «¿Hasta cuándo estarás embriagada? Digiere un poco el vino, de que estás llena.» Anna le respondió diciendo: «No es así, señor mío; porque soy una mujer muy infeliz y no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor. Ni tengas á tu sierva como á

una de las hijas de Belial, pues por la muchedumbre de mi dolor y de mi tristeza, he hablado hasta ahora.» Héli entonces la dijo: «Véte en paz; y el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho.» Y ella respondió: «Ojalá tu sierva halle gracia en sus ojos.» Y la mujer se fué por su camino y comió, y su rostro no se demudó más en adelante. Y se levantaron de mañana y adoraron delante del Señor, y se volvieron y vinieron á su casa en Ramatha. Y acaeció que pasado el círculo de días, concibió Anna, y parió un hijo, y llamóle Samuel, porque le había pedido al Señor Y Elcana, su marido, subió con toda su familia para sacrificar al Señor una hostia solemne y cumplir su voto. Mas Anna no subió, porque dijo á su marido: «No iré hasta que el niño esté destetado y yo le lleve para presentarle al Señor, y que se quede allí para siempre.» Y díjola Elcana, su marido: «Haz lo que bien te parezca, y quédate hasta que le destetes; y ruega al Señor que nos cumpla su palabra.» Quedóse, pues, Anna, y dió de mamar á su hijo hasta que le apartó de la leche. Y llevóle consigo después de haberle destetado, con tres becerros, y tres modios de harina y un cántaro de vino, y trájole á la casa del Señor en Silo. El niño era aún muy pequeño. Sacrificaron un becerro, y presentaron el niño á Héli. Y dijo Anna: «Ruégote, señor mío, vive tu ánima, Señor. Yo soy aquella mujer que estuve aquí orando al Señor delante de tí. Por este niño oré, y el Señor me concedió la petición que le pedí. Por tanto, yo le entrego también al Señor por todos los días que el Señor le diere.» Y adoraron allí al Señor (1).

Y oró Anna, y dijo: «Saltó de gozo mi corazón en el Señor, y se ha ensalzado mi poder en mi Dios (2); se ha ensanchado mi boca sobre mis ene-

(1) Reyes, 1-28.

(2) En hebreo *carú*, mi cuerno. Entre los antiguos, los cuernos eran el símbolo del poder y de la majestad. También se ven medallas en las cuales los reyes están representados con cuernos (a). Al decir de Ovidio y de Valerio Máximo, un pretor romano que acababa de conseguir una brillante victoria,

(a) Ovidio. *Métam.* 1, 15, 565, 621; Val Max., 5-6.



migos, por cuanto me alegré en tu salud. No hay santo como Jehová, porque no hay otro fuera de tí, y no hay fuerte como el Señor nuestro. No multipliqueis hablando grandezas, vanagloriándoos; apártense de vuestra boca cosas viejas, porque el Señor es el Dios de las ciencias, y á él están patentes los pensamientos. El arco de los fuertes fué quebrado, y los flacos han sido armados de fuerza. Los que antes estaban hartos, se alquilaron por pan; y los hambrientos se hartaron hasta que la estéril parió á muchísimos, y la que tenía muchos hijos se debilitó. El Señor es el que quita y da la vida, el que lleva á los infiernos y el que saca. El Señor empobrece y enriquece, abate y ensalza. Del polvo levanta al mendigo (1), y del estiércol ensalza al pobre, para que se sienta con los príncipes y ocupe su trono de gloria, porque del Señor son los polos de la tierra y sobre ellos asentó el mundo. Guardará los pies de sus santos, mas los impíos quedarán mudos en tinieblas, porque no será fuerte el hombre por su propia fuerza. Al Señor temerán sus adversarios, y sobre ellos tronará en los cielos; el Señor juzgará los términos de la tierra, y dará el imperio á su Rey, y ensalzará el poder de su Cristo (2).»

Este sublime cántico tiene grande analogía con el cántico de la Madre del Salvador. Esta mujer estéril, pero que ha de dar á luz á muchos, y la otra á muchos hijos que vienen á desfallecer, reaparecerán más de una vez en los profetas y en los apóstoles. Es el gentilismo, largo tiempo ella sola fecunda. Anna, cuyo nombre significa *llena de gracia*, ha designado la primera con el nombre de Mesías á Cristo Ungido, el hijo de la Virgen llena de gracia; porque que este Cristo sea el Mesías, lo

viéndose de repente la cara llena de cuernos, comprendieron desde luego que sería una señal de la autoridad real que sobre él debería recaer, y condenaron al pretor al destierro para no exponer la libertad de su patria amenazada (a). No debe admirarse, pues, que en la Escritura tengan análoga significación.

(1) *Dal*, en hebreo.

(2) 1 Reyes, caps. II, 1, 10.

(a) Spanheim, *De usu numismat.*, dissert. 7.

declaran todos los antiguos doctores de la Sinagoga (1).

Elcana y Anna se volvieron á su casa; pero el niño se quedó en Silo, donde servía al Eterno á la vista del gran sacerdote, vestido con un ephod de lino. El Eterno bendijo á Anna, y dió á luz también tres hijos y dos hijas; pero Samuel, á quien ella llevaba una pequeña túnica ó vestido para los días festivos, se fortificaba y crecía, amado de Dios y de los hombres (2).

Mas los hijos de Héli, hijos de Belial, que no conocían al Señor, ni la obligación del sacerdote respecto del pueblo, sino que cuando cualquiera había inmolado la víctima, venía el criado del sacerdote, mientras se cocían las carnes, y tenía en su mano un tenedor de tres dientes, le metía en el perol, ó en el caldero; y todo lo que sacaba el tenedor, tomábalo el sacerdote para sí. Esto hacían con todos los de Israel que venían á Silo. Y asimismo antes que quemaran el sebo, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: «Dáme carne que cueza para el sacerdote, pues no tomaré de tí carne cocida, sino cruda.» Y el que sacrificaba le respondía: «Qué-mese primero hoy el sebo, según costumbre, y después toma de cuanto quisieres.» Mas él respondía diciéndole: «No, que ahora me la has de dar, y si no la tomaré por fuerza.» Era, pues, muy grande el pecado de estos jóvenes delante del Señor, porque retraían á la gente de sacrificar al Señor. Y el joven Samuel ejercía su ministerio delante del Señor, vestido de un ephod de lino, y hacíale su madre una túnica pequeña, que le llevaba en ciertos días, cuando subía con su marido á ofrecer el sacrificio solemne. Y bendijo Héli á Elcana y á su mujer, y díjole: «El Señor te dé sucesión de esta mujer en pago de la prenda que has depositado en manos del Señor.» Y volviéronse á su casa. El Señor, pues, visitó á Anna, y concibió, y parió tres hijos y dos hijas; y el joven Samuel fué engrandecido delante del Señor. Mas Héli era muy

(1) Jonathan-Ben-Huziel; el Medrasch-Rabba, sobre las Lamentaciones. El Medrasch-Tehillim, sobre el *Psalmo 75*. R. Samuel Laniado, etc.

(2) 1 Reg., 2, 11 y 12, 18 y 19.



viejo, y oyó todas las cosas que hacían sus hijos con todo Israel, y les dijo: «¿Por qué haceis estas cosas muy malas que yo oigo de todo el pueblo? Si pecare un hombre contra otro, puede Dios aplacarse con él; mas si el hombre pecare contra Dios, ¿quién rogará por él? Y no oyeron la voz de su padre, porque quería el Señor matarlos. Mas el joven Samuel iba adelantando y creciendo, y era agradable, tanto al Señor como á los hombres. Y vino un varón de Dios á Héli, y le dijo: «Esto dice el Señor: ¿Por ventura no me he manifestado visiblemente á la casa de tu padre cuando estaban en Egipto en la casa de Faraon, y me le escogí entre todas las tribus de Israel por sacerdote, para que subiera á mi altar, y me quemara allí incienso, y llevar el ephod delante de mí, y di á la casa de tu padre porción de todos los sacrificios de los hijos de Israel? ¿Por qué habeis ultrajado mis víctimas y los presentes que mandé que me fuesen ofrecidos en el templo, y has honrado á tus hijos más que á mí, comiéndolos las primicias de todos los sacrificios de Israel, mi pueblo? Por tanto, dice el Señor Dios de Israel: Hablando, hablé que tu casa y la casa de tu padre ministrarian delante de mí perpétuamente. Pero ahora dice el Señor: Lejos sea esto de mí, sino que á cualquiera que diere gloria á mí, yo se la daré, y los que me desprecien viles serán. Hé aquí que llegan los días en que cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre, de modo que no haya viejo en tu casa. Y en medio de todas las prosperidades de Israel, verás á tu émulo en el templo, y no habrá jamás viejo en tu casa. Esto, no obstante, no quitaré del todo de mi altar varón de tu linaje; pero será para que desfallezcan tus ojos y se repudra tu alma, y una grande parte de tu casa morirá cuando llegare á edad varonil. Y la señal que tendrás es lo que ha de acaecer á tus dos hijos Ofni y Fineés: en un día morirán entrambos. Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que se portará á mi corazón y á mi alma, y le edificaré una casa fiel, y andará todos los días delante de mi Cristo. Y acaecerá que todo aquel que hubiere quedado en tu casa, vendrá para que se ruegue por él, y ofrecerá una moneda de plata y una torta de pan, y dirá: Ruégote que me admitas

á alguna porción sacerdotal, para que coma un poco de pan (1).»

Y el joven Samuel ministraba al Señor delante de Héli, y la palabra del Señor era preciosa en aquellos días; no había vision manifiesta. Acaeció, pues, en cierto día, que Héli estaba echado en su sitio, y sus ojos se habían oscurecido y no podía ver. Antes que la lámpara de Dios fuese apagada, dormía Samuel en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. Y llamó el Señor á Samuel, el cual respondió y dijo: «Aquí estoy.» Y fuese corriendo á Héli y díjole: «Aquí estoy, pues me has llamado.» El le dijo: «No te he llamado, vuélvete y duerme.» Y se fué y durmió. Y volvió el Señor otra vez á llamar á Samuel. Y levantándose Samuel, fuese á Héli y dijo: «Aquí estoy, pues me has llamado.» Héli le respondió: «No te he llamado, hijo mio, vuélvete y duerme.» Mas Samuel aún no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor. Y volvió aún el Señor á llamar á Samuel por la tercera vez, el cual, levantándose, fuese á Héli y dijo: «Aquí estoy, pues me has llamado.» Entonces reconoció Héli que el Señor llamaba al mozo, y dijo á Samuel: «Anda y duerme, y si despues te llamare, responderás: Habla Señor, que tu siervo oye.» Y el Señor dijo á Samuel: «Mira que yo voy á hacer una cosa en Israel, que todo el que la oyere le resonarán ambas orejas. En aquel día despertaré contra Héli todas las cosas que he dicho sobre su casa: comenzaré y acabaré. Porque ya le he predicho que había de ejercer mi juicio sobre su casa para siempre, por la iniquidad, por cuanto sabía que sus hijos hacían cosas indignas y no los ha corregido. Por tanto, he jurado á la casa de Héli, que no expiará jamás la iniquidad de su casa con víctimas ni con presentes.» Durmió, pues, Samuel hasta la mañana, y abrió las puertas de la casa del Señor. Y Samuel temía descubrir á Héli la vision. Llamó, pues, Héli á Samuel, y díjole: «Samuel, hijo mio.» El cual, respondiendo, dijo: «Aquí estoy.» Y Héli le preguntó: «¿Qué es la palabra que te ha dicho el Señor? Ruégote que no me la encubras. Esto

(1) Reyes, cap. II, v. 12-36.



haga el Señor contigo, y esto añada si me encubrieres palabra de todo cuanto te ha sido dicho.» Samuel, pues, le manifestó todas las palabras y nada le encubrió. Y Héli respondió: «El Señor es; haga lo que sea agradable en sus ojos.» Estas palabras respiran una admirable resignación. Mas Dios le pedía otra cosa, y era que reprimiese con energía los desórdenes de sus dos hijos. Puesto que él era el soberano dueño, fué necesario obedecerle desde luego y hacer que desaparecieran los escándalos que deshonoraban su culto. Su debilidad en este punto, inexcusable en un padre, en un primer magistrado, en un gran sacerdote, concluyó por atraer hácia sí los castigos con que estaba amenazado tiempo hacia (1).

Y Samuel creció, y el Señor era con él, y no cayó en tierra ni una de todas sus palabras. Y conoció todo Israel, desde Dan hasta Bersabée, que Samuel era fiel profeta del Señor. Y el Señor continuó apareciéndose en Silo, porque en Silo se había manifestado el Señor á Samuel, segun la palabra del Señor. Y se cumplió la palabra que Samuel dijo á todo Israel.

Y acaeció en aquellos días que se juntaron los filisteos para hacer guerra, y salió Israel al encuentro para pelear con los filisteos, y acampó junto á la piedra del socorro. Y los filisteos vinieron á Aféc, y ordenaron su ejército contra Israel (2). Y habiendo dado la batalla, Israel volvió las espaldas á los filisteos, y fueron muertos en aquel encuentro, aquí y allá por los campos, como cuatro mil hombres. Y volvióse el pueblo al campamento y dijeron los ancianos de Israel: «¿Por qué nos ha herido el Señor hoy delante de los filisteos. Traigamos á nosotros de Silo el arca de la alianza del Señor, y venga en medio de nosotros para que nos salve de la mano de nuestros enemigos.» Envió, pues, el pueblo á Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Señor de los ejércitos, que estaba sentado sobre los querubines; y los dos hijos de Héli, Ofni y Fineés, estaban con el arca de la alianza del Señor. Y cuando llegó al campamento el arca del Señor, todo Israel vociferó

con grande clamor, y resonó la tierra. Y los filisteos oyeron la voz de la algazara, y dijeron: «¿Qué voces de gritería tan grandes son estas en el campamento de los hebreos?» Y supieron que el arca del Señor había venido al campamento, é intimidáronse los filisteos, diciendo: «Ha venido el Dios al campamento.» Y gimieron diciendo: «¡Ay de nosotros! No fué tan grande el júbilo ayer ni antes de ayer. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos salvará de la mano de estos dioses excelsos? Estos son los dioses que hirieron á Egipto con todo género de plagas en el desierto. Esforzaos y sed hombres, filisteos, no sirvais á los hebreos como ellos os han servido á vosotros; esforzaos y pelead (1).»

Vemos, pues, que los filisteos no habían olvidado lo que el Eterno había hecho en Egipto. Temían ahora algo análogo de él; hablan, ya en singular, ya en plural. Esto les era tanto más fácil, cuanto que la palabra Elohim de que se servían, y que nosotros, con este motivo, reproducimos, significa lo mismo un dios que varios. Es indudable que la idea de gran número no era muy cabal. Es posible, sin embargo, segun creen algunos doctores de la sinagoga, que hubiese entre ellos algunos individuos que tuvieran un conocimiento más exacto del Dios de Israel, y que reverenciaran el arca de su alianza (2). Los filisteos se animaron, sin embargo, para una vigorosa resistencia por no caer bajo el yugo de un pueblo que había estado bajo el de ellos.

Libróse una segunda batalla. El resultado fué más desastroso para Israel. El ejército fué dispersado despues de haber tenido treinta mil hombres fuera de combate; los dos hijos de Héli murieron en el combate, y lo que fué todavía más terrible, el arca de la alianza cayó en manos de los enemigos. Y un hombre de Benjamín, corriendo de la batalla, vino aquel día á Silo, rasgados los vestidos y la cabeza cubierta de polvo. Y cuando él llegó estaba Héli sentado en una silla, mirando hácia el camino, pues su corazón estaba sobresaltado por el arca del Señor. Y aquel hombre, luego que entró, dió la

(1) Reg., 3, 1-16.

(2) Ibid., 3, 19-21.

(1) Reg., 4, 1-9

(2) Lyran, *In hunc locum*.